



Josep
Gil

POR
QUÉ
NO
VOY
A
MISA

EMAUS 117

María Caixés Bonmatí, 45 años

Soy profesora universitaria de la Universidad de Girona; formo parte de la facultad de Ciencias. Estoy casada y soy madre de tres criaturas: un niño y dos niñas; tienen entre nueve y trece años. Mi matrimonio es estable, sin altibajos. Con mi marido coincidimos en las cosas fundamentales, aunque somos muy independientes el uno del otro. Los niños estudian en centros públicos, aunque cuando ha llegado el momento los hemos llevado a la parroquia que corresponde a nuestro domicilio para la primera comunión.

Yo conservo la fe de jovencita. Mis padres, gerundenses de toda la vida y, por tanto, buenos creyentes liberales, nos educaron, a nuestras hermanas y a mí, desde los principios y valores de una sociedad que es cristiana por herencia pero que quiere ser laica. Por mi edad podéis comprender que, en mi infancia y en mi adolescencia, viví los últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia y, por lo tanto, unos momentos difíciles, política y culturalmente hablando, en los que no les era fácil, a las familias acomodadas, situarse correctamente en el lugar que les correspondía. Viví la situación que el cambio político provocó en la Iglesia, una Iglesia que si a nivel universal había encajado la ruptura que el Concilio Vaticano II comportó en la llamada Iglesia de cristiandad, en España mantenía o quería mantener

los privilegios de siempre, y su autoridad hegemónica sobre la sociedad civil.

Pero estos momentos convulsos los viví en realidad un poco de lejos: de hecho, yo solo tenía diez años. En cambio, a partir de mi ingreso en la Universidad de Barcelona como estudiante, me vi involucrada en la movida del momento, y empecé a sentir el ahogo que me producía la Iglesia a la que pertenecía. En Gerona, en casa, lo disimulaba como podía, pero en Barcelona me soltaba e iba empezando a andar por unos caminos que me llevarían lejos de la fe de jovencita. No me parecería justo, sin embargo, hablar de dicotomía y menos aún de hipocresía. De hecho, eran dos experiencias simultáneas que, si en principio eran opuestas, yo vivía, o quería vivir, como complementarias. Yo era una creyente que, más que dudar de mi fe, me sentía incómoda ante la manera como la gente creyente de siempre –y especialmente los sacerdotes y los obispos– vivían su fe.

Los domingos y las fiestas los pasaba en Gerona y acostumbraba a ir a misa (primero con mis padres, después sola). El año 1991 obtenía el grado de licenciada en Ciencias. El año siguiente se inauguraba la Universidad de Gerona, a la que ingresaba como docente a inicios del nuevo siglo. Yo me había casado dos años antes con Luís, que también es docente en la universidad, pero de Letras. Él es creyente, seguramente más que yo, pero sobre todo es un hombre muy culto y sabe apreciar los valores cristianos como estructuradores de nuestra sociedad. Yo no lo veo tan claro. Sobre la práctica religiosa, vamos a misa de vez en cuando.

Pero dejadme que os hable de mi experiencia religiosa, especialmente de la de los últimos años. Soy una mujer

de ciencias, y la ciencia me ha hecho plantear muchos aspectos de la fe cristiana tal como la había entendido y practicado de jovencita. Me cuesta aceptar con normalidad los datos de una fe que contradicen los datos de la ciencia. Tengo que decir que no estoy sola a la hora de plantear esta situación. Tengo una amiga, que también es docente de ciencias, que ha reaccionado de forma admirable: ha conseguido, o así me lo dice, conciliar los datos de la fe y los datos de la ciencia, y me dice que lo ha conseguido estudiando teología.

Yo, sin haber abandonado la fe de jovencita, vivo como si no la tuviese. Hasta hace muy poco tiempo esta reacción me dejaba tranquila: no era necesario hacerme más preguntas ni plantearme más problemas. Me había dedicado de lleno a la docencia y miraba de hacerlo lo mejor posible. Debo decir que en ningún momento he trasladado a mis alumnos mi problemática de creyente. Como os he dicho antes, sigo yendo a misa de vez en cuando.

Pero hace unos meses he cambiado inicialmente de actitud. Nuestra Universidad tiene muy buenas relaciones con el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la diócesis, y uno de los profesores de este centro, un sacerdote de más o menos mi edad, muy avisado y sobre todo muy competente en su materia, ha planteado a la universidad organizar un cursillo conjunto con el título «Ciencia y fe», y la universidad, que ha aceptado la sugerencia, me ha encargado ser el enlace y, de hecho, organizar el cursillo.

Este hecho me ha obligado, por lo menos inicialmente, a cambiar de actitud. Si tenía que organizar el curso junto con el citado instituto, tenía que conocer, por lo

menos superficialmente, lo que pensaba la teología de la relación «ciencia y fe». Lo hablé con la amiga y colega de la que os he hablado, y me aconsejó que procurase seguir, como oyente, las clases de hermenéutica que da aquel centro, y así lo he hecho. Para mí, la teología ha sido un gran descubrimiento. Pienso que es una lástima que la enseñanza de la teología no figure en los planes de estudio de las universidades públicas. Pienso que es una lástima, no solo porque, si fuese así, seguramente habría alumnos que seguirían estas enseñanzas, aunque fuera como materia complementaria, y también porque así la teología conseguiría el reconocimiento académico que necesita.

Con el poco tiempo que llevo asistiendo a estas clases (son dos veces a la semana, al anochecer, durante dos horas), ya he podido vislumbrar la profundidad de esta enseñanza. La teología, decía el profesor el primer día, es la gramática de la fe, en concreto, la gramática de la fe vivida. Por lo que nos ha explicado y por lo que he leído, esta manera de entender la teología se inscribe en la temática de la filosofía del lenguaje y, más concretamente, de la filosofía de Wittgenstein. La teología es ciertamente la ciencia —en sentido amplio— que se ocupa de la realidad «Dios», pero esta realidad solo existe en la experiencia religiosa y la teología sabe que, en la búsqueda crítica de este Dios, puede llegar a hacer una lectura purificadora de la religión, y la ha hecho. Y esto es lo que quería decir Wittgenstein; la religión es una forma de vida —el lenguaje religioso es una forma de vida— y la teología es la gramática de este lenguaje (dice de qué se trata). Simplificando las cosas, podríamos decir —es lo que piensa el profesor de teología citado— que el lenguaje religioso es el lenguaje que hablan los cre-

yentes, y el lenguaje teológico es la reflexión sistemática sobre él.

Es decir (y estoy citando el pensamiento del profesor): el lenguaje religioso sería el «lenguaje de la fe vivida y de la vida de la fe», y el teológico sería el discurso preocupado por conservar la coherencia racional del primero, en el respeto a las reglas fundamentales de implicación y de equivalencia que distinguen este lenguaje de otros, o dicho con otras palabras, la explicación racional del lenguaje de la fe viva. En definitiva –y esto es lo que he sido capaz de entender– la teología es la reflexión sistemática sobre el significado y la validez de las formas simbólicas de una comunidad religiosa, desde la pertenencia a esta fe y esta comunidad. El discurso teológico ha de someter al discurso creyente a una crítica interna, es decir, desde el mismo discurso creyente, una crítica que tiene que abarcar el mundo de las creencias, de la praxis y de la institución religiosa.

Para mí, lo que he aprendido en las clases de teología me ha abierto los ojos para descubrir el fondo de la realidad que la ciencia es incapaz de captar, y este fondo de la realidad es aquello que en el lenguaje simbólico se llama «Dios». Por este camino, me ha parecido entender el sentido de la «verdad» de las afirmaciones religiosas. Me ha parecido especialmente luminosa la reflexión de Ricoeur –yo no conocía a este personaje– cuando dice que la religión sitúa al hombre dentro de una especie de complejo cósmico, de plenitud y de integración, complejo que el mito reconstruye intencionalmente; y es en el interior del reino del mito donde se ha de plantear la cuestión de la verdad, pasando de la fenomenología

del símbolo a la hermenéutica filosófica. Pero esto no es fácil.

Por lo que he captado parece evidente que la antigua cuestión del carácter científico de la teología no puede ser planteada de acuerdo con una teoría de los primeros principios, sino desde la perspectiva de la ciencia hermenéutica. Ahora bien, en el contexto cultural de hoy, la problemática de la hermenéutica ha de hacer frente, por un lado, a las posiciones de los que niegan el carácter intencional del lenguaje y, por tanto, a la posibilidad de una hermenéutica del significado de las afirmaciones teológicas, y por otro, a la presencia de una nueva sensibilidad que reclama un tipo de verificación que pasa inexorablemente por la praxis. No hay duda de que, en nuestro mundo, el punto de vista de la problemática hermenéutica de tipo existencial se ha desplazado a un terreno en el que lo que cuenta es la praxis. Este ámbito de sentido, determinante de la cultura contemporánea, es la condición de posibilidad para que la religión pueda ser comprendida también en su intencionalidad trascendente.

Tengo la sensación de que, poco a poco, he ido viendo cada vez más clara la complementariedad de la ciencia y de la fe. De todo lo que he ido viendo, lo más importante ha sido la capacidad normativa de la praxis, a partir de la cual se han llevado a cabo toda una serie de proyectos que van desde la comprensión del pueblo de Dios como «lugar» de la teología, hasta las llamadas teologías del mundo, de la historia, del desarrollo, de la liberación o de la revolución, y he ido viendo que en todas estas teologías se quiere mantener un concepto de praxis que engloba la liturgia y la acción social, los

aspectos de la actividad transformadora del mundo y a la vez la contemplación, la adoración, la alabanza y la celebración del Ausente, en el interior de nuevos espacios de libertad abiertos por su gracia.

Ahora no sé exactamente dónde estoy. Pero os puedo decir que he «vuelto» a ir a misa, una vuelta que podría ser como la del hijo pródigo que ha malgastado, lejos de casa, un capital más o menos grande de inteligencia, de sensibilidad y de voluntad. Curiosamente, la ciencia, que en un principio me parecía opuesta a la fe, me ha llevado al umbral de la «casa de la fe». Aún no sé qué tengo que hacer para entrar en ella. Espero el milagro de la gracia.